

LORENZO MILANI CONTRA LAS IMITACIONES Y LAS RECETAS. CÓMO HAY QUE SER

*Lorenzo Milani against imitations and recipes.
How to be*

Alfonso Díez Prieto

RESUMEN: *Para Milani no valen los métodos pedagógicos al margen del pensamiento y la personalidad del maestro, que ha de tener muy claros los fines, objetivos y valores educativos perseguidos. Lo que exige un proceso personal que ha de recorrer y descubrir por sí mismo. De ahí su desprecio por las recetas didácticas y su rechazo a las imitaciones, que impiden la capacidad creativa de cada cual para imprimir su impronta y estilo particular.*

Palabras clave: *Amar y educar, recetas pedagógicas, cómo hay que ser y pensar, originalidad, valor, compromiso, imitaciones.*

ABSTRACT: *For Milani, pedagogical methods are not valid apart from the thought and personality of the teacher, who must be very clear about the educational goals, objectives and values pursued. Which requires a personal process that you have to go through and discover for yourself. Hence his contempt for didactic recipes and his rejection of imitations, which impede the creative capacity of each person to leave their mark and particular style.*

Keywords: *Loving and educating, pedagogical recipes, how to be and think, originality, courage, commitment, imitations.*

Doctores hay en la Iglesia y fuera de ella – además de quienes le conocieron de cerca – que han estudiado y hablado con profundo conocimiento sobre la aportación de Lorenzo Milani a la escuela italiana y, en particular, también en España. Yo no podría añadir nada para mejorarlo. Sólo sé de lo que he leído y aprendido de ellos, incluidos, naturalmente, los escritos de Milani.

Así que hablaré de lo que a mí, maestro de escuela ya jubilado me ha aportado, pero ciñéndome esta vez a un aspecto que cruza transversalmente su pedagogía y que es común a muchos otros grandes pensadores y pedagogos. Me refiero *al ser*, sin menoscabo *del hacer*, pero siendo éste consecuencia directa del anterior. No en vano, son dos de los Cuatro Pilares de la Educación, según el famoso Informe de Jacques Delors a la UNESCO (1996): *La educación encierra un tesoro: Aprender a conocer, Aprender a hacer, Aprender a convivir y Aprender a ser persona*. Como se ve, aquí no valen las recetas.

En la memorable película “*Hoy empieza todo*” (1999), el director de una escuela infantil sita en un barrio marginal de un pueblo minero del norte de Francia, con un altísimo índice de paro laboral a causa de la crisis minera, se enfrenta como puede a la realidad social del barrio, porque llega y se reproduce en la escuela. El profesorado deja así de lado su labor únicamente educativa para atender las necesidades primarias de los niños. Todo ello teniendo en contra numerosos factores: la Administración, los políticos, los padres, la falta de recursos, etc. Entonces el director solicita la ayuda de los vecinos, pero lo único que consigue es complicarse la vida y que su labor docente sea cuestionada. Pero salen adelante. Al respecto, Bertrand Tavernier, el director de la película, contó seis años más tarde en una entrevista que

“mi mujer se presentó a un examen para ser maestra que era alucinante, porque le exigían un nivel teórico elevadísimo. Nada sobre la forma de enseñar a chavales de culturas diferentes que apenas conocen el francés, a gente que no dispone ni de una mesa libre en casa en la que hacer los deberes. Ésas son las cosas importantes. Eso es lo que hay que ir a ver y analizar. Conozco a profesores fantásticos que me dicen que lo primero que hacen para impartir clases en estos

suburbios es tirar a la basura todo lo que han estudiado durante cuatro años” (*El País Semanal*, 11-12-2005).

También a muchos maestros nos ha pasado igual. Por eso nos vimos reflejados en esa película. En el preciso instante en que nos enfrentábamos a la realidad de la escuela y de su entorno, ese día *empezaba todo*: problemas, deficiencias, dificultades, inseguridades, soledad, incomprensiones... que se repetían día tras día, y los tuvimos que encarar sin estar seguros de nada, desprendiéndonos de tanta pedagogía inútil, a golpe de ensayo y error, con escasos recursos, mucha imaginación y enormes dosis de buena voluntad. Pero nos mantenía un *fin superior*, el sentido de nuestro trabajo, que no era sino el de ayudar y acompañar a esos muchachos concretos en su formación. O sea, intentar “aquí y ahora” hacer lo mejor posible nuestra tarea docente y ejercer sobre ellos una influencia positiva. En definitiva, hacer de la necesidad, virtud.

Sobre *fines y medios*, los alumnos de la Escuela de Barbiana nos escribieron esto hace más de cincuenta años en su famosa *Carta a una maestra*, bellamente y hasta la indignación:

“Se busca un fin. Tiene que ser honesto. Grande. Que no suponga en el chico otra cosa que el ser un hombre. Es decir, que sirva a los creyentes y a los ateos. (...) Sin embargo, pretendemos educar a los chicos con mayor ambición. ¡Llegar a ser soberanos! ¡Y no médico o ingeniero!” (1967, Ed. PPC, Madrid 2017).

Y más adelante aciertan con una comparación gloriosa, por gráfica y atinada, que se ha hecho famosa:

“Pero si [a los últimos] los perdemos, la escuela ya no es escuela. Es un hospital que cura a los sanos y rechaza a los enfermos. Se convierte en un instrumento de diferenciación cada vez más irremediable”. Y terminan con la conclusión inevitable y cierta: “La escuela no tiene más que un problema. Los chicos que pierde”.

Por eso, en cuanto a la formación del profesorado – pues en el fondo de esto va la cuestión – hay que ir directamente a lo esencial, a lo que importa. Los docentes, maestros y maestras principalmente,

llevamos muchos años siendo carne de cañón de la formación permanente; y nos han metido a la fuerza en una alocada carrera de cursos a la carta, “a ver quién da más”, desde la Administración a los sindicatos, desde instancias oficiales o públicas a organizaciones privadas. Han fomentado en nosotros la inseguridad, la insatisfacción y el descontento.

Por eso hay que elegir bien la formación verdaderamente necesaria para hacer mejor nuestro trabajo donde nos toque estar, sin pensar únicamente en los créditos ni en los puntos para la carrera docente, que a menudo se traduce en abandonar el aula o “desertar de la tiza”, como suele decirse. “El saber sólo sirve para darlo”, insisten los de Barbiana, al tiempo que nos proponen no ser cómplices de un sistema educativo clasista y selectivo.

Siempre *empieza todo* – de eso se trata – para afrontar la realidad educativa con pasión y convicción. Este precioso párrafo de Josefina Aldecoa describe perfectamente a quien ama apasionadamente la enseñanza:

“Cada día surgía un nuevo obstáculo y, a la vez, el reto de resolverlo. Los niños avanzaban, vibraban, aprendían. Y yo me sentía enardecida con los resultados de ese aprendizaje que era al mismo tiempo el mío... Yo me decía: “No puede existir dedicación más hermosa que ésta”. Compartir con los niños lo que yo ya sabía, despertar en ellos el deseo de averiguar por su cuenta la causa de los fenómenos, las razones de los hechos históricos. Tenía que pasar mucho tiempo hasta que yo me diera cuenta de que lo que me daban los niños valía mucho más que todo lo que ellos recibían de mí” (J. Aldecoa, *Historia de una maestra*, Anagrama, Madrid 1990).

Igualmente, Milani reconocía que, si él les había enseñado la lengua a los chicos y les había dado instrumentos culturales para desenvolverse en la vida, ellos le habían enseñado a vivir.

Pero el sistema educativo es como un monstruo dormido que es necesario despertar. El filósofo y profesor José Antonio Marina lo explica muy bien cuando se refiere al inmovilismo de la educación oficial; imposibilita su necesaria y profunda renovación y la urgencia de consensuar entre las diferentes fuerzas políticas, con generosidad

y amplitud de miras, un buen pacto educativo, estable, en vez de utilizar la educación como piedra arrojada y estar cambiando las leyes educativas cada vez que entra un nuevo gobierno:

“Todo el mundo que habla de educación finge certezas que no tiene. No hay recetas mágicas, ni pedagogías milagrosas. Por eso, lo más sabio que se ha dicho sobre educación está recogido en el proverbio de una tribu africana: “Para educar a un niño hace falta la tribu entera”. Necesitamos ponernos de acuerdo en los fines de la educación y, a continuación, discutir y poner a prueba los procedimientos para conseguirlos. Nuestro sistema educativo es en la actualidad un diplodocus dormido, es decir, un organismo poderosísimo en un irritante estado de pasividad. No necesitamos leyes, no necesitamos más teorías pedagógicas, lo que necesitamos es recuperar la vitalidad y el ánimo” (J.A. Marina, *Despertad al diplodocus*, Ariel, Barcelona 2015).

Y dirigiéndose al profesorado, obsesionado por el timbre y los programas, los chicos de Barbiana apuntan: “Os ha cansado el descontento, no las horas”. Mucha culpa de ello tiene la pedagogía actual; demasiado tecnócrata y burocratizada se ha reducido a mera didáctica y a un conjunto de ideas y conceptos que forman un *corpus* teórico, grandilocuente y estéril. Lo forma una jerga terminológica ridícula, alejada de la realidad cotidiana y de cuanto significa la urgencia del comentado “*hoy comienza todo*”. Olvida los valores democráticos de convivencia, justicia, igualdad y libertad, que sustentan la educación y su propia esencia, el amor y la solidaridad, como señala sabiamente Emilio Lledó:

“La pedagogía actual, imitando ciertas corrientes americanas, está cargada de conceptos vacíos. Por el contrario, es algo de puro sentido común: la pedagogía del amor. Que el profesor, el maestro, sea capaz de contagiar el amor por el saber que enseña. Es algo muy sencillo, pero hay todo un tinglado del que viven los llamados pedagogos”. (E. Lledó, *Fidelidad a Grecia*, Taurus, 2020).

Estos testimonios y enfoques conectan perfectamente con el axioma pedagógico de Lorenzo Milani: “No se puede educar sin amar”; y con el concepto educativo de Paulo Freire: “Nadie educa a nadie, así como tampoco nadie se educa a sí mismo, los hombres se

educan en comunión, mediatizados por el mundo” (*Pedagogía del oprimido*, 1970). Ambos, por así decirlo, son precursores y referentes de una pedagogía distinta, que reivindica una escuela popular, aconfesional, solidaria, crítica, compensadora de desigualdades, científica y educadora para la ciudadanía.

EL SECRETO DE LA ESCUELA: NO HAY RECETAS, SINO CÓMO HAY QUE SER

Y así llegamos al secreto de la escuela, del que también nos habla Lorenzo Milani. Al final queda lo que somos y el tener claro cuál es nuestra verdadera función, al margen de los métodos pedagógicos, de los recursos, de las herramientas didácticas, de los programas... Milani lo expresó certeramente en muchos de sus escritos, como al referirse a la función del maestro:

“Y aquí es donde se distingue precisamente el maestro del comerciante. Se llama comerciante al que trata de contentar los gustos de sus clientes. Se llama maestro al que trata de contradecir y cambiar los gustos de sus clientes (padres y alumnos). Alistarse del lado de acá o de allá de esta barrera es una decisión muy grave”. (*Experiencias pastorales*, Marsiega, Madrid 1975, p. 108).

Los propios alumnos de Barbiana también lo subrayan en su *Carta a una maestra*: “El fin preciso es dedicarse al prójimo. Y en este siglo, ¿cómo quiere amar si no es con la política, el sindicato o la escuela?”, le preguntan. Y Milani define su pensamiento pedagógico en otro documento anterior en el que expresa la finalidad de la escuela y la función del maestro:

“La escuela es el delicado arte de conducir a los chicos por un filo de navaja: por un lado, formar en ellos el sentido de la legalidad (y en esto se parece a vuestra función [judicial]), por otro, el ansia de leyes mejores o sea en el sentido político (y en esto se diferencia de vuestra función) (...) El maestro debe ser profeta en lo posible, escrutar los “signos de los tiempos”, adivinar en los ojos de los chicos las cosas bellas que ellos verán claras mañana y que nosotros solo vemos confusamente” (L. Milani, *Carta a los Jueces*, 18.10.1965,

en *No hemos odiado a los pobres. Cien cartas en su centenario (1923-2023)*, Popular, Madrid 2023) 227-8.

En cuanto a las recetas pedagógicas, da en la diana con una argumentación convincente e incontestable:

“Con frecuencia me preguntan los amigos cómo hago para llevar la escuela y cómo hago para tenerla llena. Insisten para que escriba un método, que les precise los programas, las materias, la técnica didáctica. Equivocan la pregunta. No deberían preocuparse de cómo hay que hacer para dar escuela, sino sólo de cómo hay que ser para poder darla. Hay que ser... No se puede explicar en dos palabras... Hay que tener las ideas claras respecto a los problemas sociales y políticos. No hay que ser interclasista, sino que es preciso tomar partido. Hay que arder del ansia de elevar al pobre a un nivel superior. No digo ya a un nivel igual que al de la actual clase dirigente. Sino superior: más de hombre, más espiritual, más cristiano, más todo”. (*Experiencias pastorales, o.c.*, 223).

Y más adelante dice respecto de su particular estrategia pedagógica:

“Sólo he sido astuto. He sabido dar al botón que ha hecho saltar sus cualidades más hondas. He tocado su amor propio, su generosidad natural, el ansia social que hay en la atmósfera de nuestro siglo y, por consiguiente, en el fondo de su corazón, el instinto de rebelión del hombre, de afirmación de su dignidad de siervo de Dios y de nadie más. Ved, pues, que no se trata de métodos, sino sólo del modo de ser y de pensar” (*Idem, o.c.*, 226-227).

En definitiva, se trata de hacer lo correcto, de responder con coherencia a los desafíos de la vida y de la escuela; y al final, aunque nos quedemos a mitad del camino, “nos salvaremos el alma” (L. Milani, *A los jueces, o.c.*, 244).

Con todo, Milani nos advierte del peligro de las imitaciones, porque la vida es cambio y cada época, lugar y circunstancias requieren nuevos enfoques, medios, estrategias y soluciones nuevas, aparte las condiciones, capacidades, habilidades e intereses de cada docente; en particular, en sus circunstancias concretas, cada cual ha de imprimir su impronta, su estilo, su forma de entender la enseñanza. Las

imitaciones se quedan en el pasado, nostálgicas e inmóviles como una foto fija, por lo que acaban resultando decepcionantes o, incluso, frustrantes, pues la copia no iguala nunca al original y se reduce a menudo a un burdo sucedáneo. En fin, generalmente, impiden crear, innovar, arriesgarse, evolucionar, crecer. Por eso, con una clarividencia asombrosa, Milani solía repetir a sus chicos y amigos que “la mayor infidelidad con un muerto es serle fiel”.

Y termino con unas palabras del discurso que hubiera leído el recientemente galardonado Premio Princesa de Asturias 2023 de la Comunicación y Humanidades, el filósofo italiano Nuccio Ordine, fallecido desgraciadamente meses antes:

“No puede haber ni mérito ni justicia en una sociedad que no brinde a todos, una educación digna del nombre de don Milani, quien, tras dedicar gran parte de su vida a la educación de los niños pobres, escribió que *no hay nada más injusto que hacer partes iguales entre desiguales*”.

O lo que es lo mismo, nada más injusto que tratar por igual a los que son desiguales. Y contra ese falso concepto de la igualdad, muy extendido y aparentemente democrático, pero perverso y propio de las políticas neoliberales que potencian y consagran las más profundas desigualdades sociales, hay que ir y desmontar sus sectarismos y construir una escuela verdaderamente popular, inclusiva y compensatoria.